

EMOCION EN EL RECUERDO

UNA HUELLA DEL MAESTRO: INQUIETUD SUYA QUE SE HIZO

REALIDAD EN EL ARDIENTE PROPOSITO DE SUS SEGUIDORES

Nos mueve el recuerdo de aquella memorable fecha de la Exposición del Libro Extremeño, en que al trasponer el umbral de la estancia quieta y sosegada del Ayuntamiento cacereño, se sentía como bañado el espíritu en lumínar de prolíferas y eternas verdades.

Ya dentro de la sala se nos aparecía rotunda la faz ancha y esperanzadora de Tomás Martín, que nos daba a entender la enjundia y fe de lo extremeño y advertíamos el vibrar de su alma honda y sencilla, sin artificios, humana y fecunda, que parecía remozarse en la serena contemplación de la doctrina y motivos de la tierra.

Su obra y hechos merecen una exégesis. Mi espíritu se revuelve dolorido y apenado por no haber sabido captar en vida esta fecunda realidad cacereña.

La reciedumbre de Extremadura con sus yermos y secanos, sus encinares seculares, se reflejaba en la integridad de su ser. Alejado de la prestancia académica protocolaria y fría y de la vana palabrería de los rúbulas, reverso de la vida gárrula y huera de los avisados ¡que tanto sentido prodigan!

Afanoso y lleno de vislumbre habrá contemplado desde el alto sitial de los elegidos la voz y el ritmo del terruño, en este magno concierto de obras extremeñas que va del teólogo más acendrado a la vulgar copla callejera del romance de ciego; gota de sabiduría o de humor, inspiración o movimiento propio de Extremadura harta ya de rodar, exenta y escueta, sin más bagaje que su virtud y ejemplaridad, que da más y más y se moviliza plena en la tarea, pero que hoy pregona sus fueros.

Oculto a extraños pareceres el extremeño ha vivido como encastillado y recogido en su intimidad, un tanto metido en sí al paio de vientos renovadores, hidalgo e independiente hasta la fiereza —quitaesencia del carácter español— y sólo vierte su persona en el crisol depurado de la amistad o el paisanaje.

Para el espíritu inquieto y ávido de bucear aquella exposición del Libro Extremeño fué como oasis confortador, alimento del alma inquiridora, que sirvió para despertar recuerdos y afianzar vocaciones

y designios, sembrando una malla de robusta decisión para la empresa.

Filón de placer estético y motivo de esparcimiento espiritual, lo que allí se encontraba nos mostró con brillantez el sabroso látido de la tierra, las más nobles manifestaciones de su espíritu, los más doctos y acabados proyectos, unido al tono de sus pueblos y ciudades, sencillas y medidas. Toda la gama de actividades del hombre en su incesante laborar. Allí de la lira fecunda de nuestros poetas y de la prosa serena de nuestros literatos; y la tremante y magistral de un Donoso y el libro docto y el incunable y hasta la rima torpe y plebeya del juglar callejero—romance y jácara—todo ello recoge la reposada destilación en el tiempo del ingenio extremeño.

Gloriosas plantas de otros tiempos, pues que también la audacia moderna puede fundar su postura recogiendo el eco de pasados tiempos, servida por providenciales intérpretes y haciendo buenas las ideas del pensador español Saavedra Fajardo, cuando dice: «Dichoso aquel reino donde las lanzas sustentan olivos y vides y donde Ceres se vale del yelmo de Belona para que sus mieses crezcan seguras».

Estas y otras más bellas consideraciones le surgirían a Tomás Martín ante las manifestaciones culturales de la tierra, las tendencias expresivas que nos marcan la ruta de un movimiento aleccionador, que se proyecta en el futuro, desde su egregio pedestal del más allá.

TOMÁS RIEGO BLANCO

